

0. DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL: El hombre en busca de la verdad.

Unas primeras notas para comprender y situar esta experiencia. ¿Qué busca el discernimiento? La verdad, la luz. Es el ejercicio espiritual, digamos primordial, cuyo fin primero es la búsqueda de la verdad, buscar a Dios de una manera veraz y habitual, contando con esta antropología fundamental: que el hombre está capacitado –así, en pasiva-, por ser imagen y semejanza de Dios, para poder “buscar y -lo más sorprendente, maravilloso y milagroso- hallar a Dios”. Es lo que hace el discernimiento.

El discernimiento tiene que ver con la experiencia de “buscar y hallar la voluntad de Dios”. Es lo que Ignacio de Loyola dirá en los primeros párrafos de los EE.EE cuando describe la finalidad de los mismos. Ignacio termina sus cartas con esta expresión que es muy complementaria a la del discernimiento: Terminó rogando a la santísima bondad, nos dé su gracia cumplida para que su santísima voluntad sintamos y ésta enteramente cumplamos. El sentir es lo propio del discernimiento. Es la implicación de la voluntad una vez que se ha percibido, intuitivo y hasta este punto confirmado, que lo que Dios me está pidiendo es a, b, o c...

El discernimiento no pretende solamente “buscar y hallar a Dios” con el fin de sentir o experimentar una consolación del espíritu, un sentimiento gratificante o agradable, del tipo que sea... Si viene, bienvenido sea, pero el discernimiento va más allá y, una vez que se busca y halla la voluntad de Dios, se implica la propia voluntad en cumplirla. Es la dialéctica entre el ‘yo’ y el ‘tú’, entre ‘el creador’ y la ‘creatura’, entre el sujeto que busca a Dios y este Dios que es un Dios abierto al misterio del hombre... Por tanto, es posible el discernimiento porque aquí hay dos sujetos que están mutuamente referidos el uno al otro.

Digamos que, para nosotros, la definición más honda que tenemos del ser humano es la de ‘creatura’; es un término relativo, lo que quiere decir que está siempre en ‘relación a’. Si en los EE.EE uds. se topan con el término ‘creatura’, busquen una o dos líneas arriba o abajo y aparecerá el término ‘creador’. El discernimiento juega con estos dos elementos: está ‘el hombre frente a Dios’ y ‘Dios frente al hombre²’. Partimos así de que el hombre está capacitado para encontrar a Dios y partimos de que Dios es un Dios, por naturaleza, por su propia manera de ser, en referencia al hombre, deseoso de darse al hombre y deseoso de ser alcanzado por él; feliz, por tanto, de que el hombre le busque y, sobre todo feliz de que el hombre le encuentre.

Fundamental y muy primariamente, el discernimiento consiste en ir ‘explorando’ la interioridad del ser humano, en su complejidad del psiquismo, de su afectividad, de su emotividad, del discurrir imparable de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus fantasías, de sus sueños... en todo ese complejo que es la naturaleza humana en su interioridad, es por donde se desarrolla el

¹ Este texto es un extracto de una charla del Autor en un congreso sobre espiritualidad en Navarra/España.

² Cuando Ignacio quiere diferenciar en su condición sexuada a lo femenino de lo masculino, utiliza ‘varón’ o ‘mujer’, pero ‘el hombre’ es la categoría antropológica por excelencia que alude a la totalidad del ser humano.

discernimiento. Por los vericuetos de la interioridad mística el hombre puede afirmar que ahí se encuentra con Dios nuestro Señor.

El discernimiento juega con estos tres verbos (sentir, conocer, recibir o lanzar):

‘Sentir’, en su nivel más amplio, más profundo y más religioso. Dice Ignacio en el párrafo 313 de los EE.EE: Reglas para en alguna manera ‘sentir y ‘conocer’ las varias mociones que en el ánima se causan. Es el pórtico solemne de las Reglas de Discernimiento. ‘Sentir’, algo pasa, algo se mueve por dentro, todavía no sé qué es, pero estar frente a Dios no me deja nunca indiferente. El primer punto es que ‘Dios se nos da a sentir y gustar’. Ahora bien, una vez que Dios nos ha dado algo, nuestra responsabilidad como creyentes es ‘interpretar’.

Una definición de la experiencia, preciosamente dibujada por Juan de Dios Martín Velasco, dice así: La experiencia es la síntesis de la presencia y la interpretación. La presencia es que Dios se me hace presente a través del sentimiento; la interpretación es que yo aplico mis categorías cognitivas para intentar descubrir qué me está dando Dios o qué me está diciendo Dios a través de este sentimiento. Hasta que no haya esta aplicación del intelecto, de lo cognitivo -aunque por mí de una manera todavía atemática, que diría Rahner, o amorfa, sin forma- hasta que la palabra no venga a iluminarla, no podré saber qué me puede estar pidiendo Dios. Reglas para de alguna manera sentir y conocer... Quizás interpretar es todavía un verbo demasiado moderno para S. Ignacio y no pudo poner ‘Reglas para sentir e interpretar las varias mociones’. Y, una vez interpretada, entonces hacer la voluntad de Dios, concluir que Dios quiere algo para mí.

La reflexión de teología moral es un pórtico importante para vincular lo que es la experiencia espiritual con la decisión moral, porque entonces hay una experiencia interna del espíritu que busca tomar una decisión y la decisión cristiana siempre tiene un componente moral que es irrenunciable. Suponemos que toda decisión está soportada antes por un previo proceso de discernimiento, buscando que aquello que hacemos tenga un componente religioso que busque, en definitiva, construir el Reino, que es de lo que se trata.

En los puntos que siguen vamos a entrar en la interioridad del alma de una serie de personajes que figuran en el esquema, pero no se trata únicamente de un ejercicio de ensimismamiento o una experiencia particular mística gratificante, porque lo que pasa por la interioridad es lo que está soportando, impulsando, alentando, las decisiones históricas que después vamos a tomar. Por eso es tan importante clarificarnos con la interioridad. Digo esto porque a veces a la espiritualidad se le ha achacado un cierto tinte de narcisismo espeleológico interno del alma. Si lo que hacemos no está soportado por un previo proceso de análisis introspectivo, que analice las motivaciones, los sentimientos, las finalidades de lo que nos pasa por dentro, que justifica después lo que hacemos, estamos perdidos. Con esto, quiero decir que la espiritualidad puede ser, en gran medida, un fundamento, una inspiradora, una interpretadora de la acción moral.

Con este brevísimo pórtico vamos a comenzar nuestro recorrido por la historia del discernimiento.

1. LOS PRIMEROS TESTIMONIOS EN EL JUDAÍSMO TARDÍO: las Reglas de las sectas (Qumram) Nuestra exposición debería comenzar propiamente por el punto 2, Jesús y los Evangelios; sin embargo, no es así, porque, gracias a los preciosísimos y nunca demasiado valorados descubrimientos de Qumram, podemos saber que la cuestión del discernimiento ya preocupaba a las comunidades judías primitivas de carácter esenio.

El tema de los dos espíritus, de la tiniebla y de la luz, de la noche y el día, el espíritu de la bondad y de la maldad, de la justicia y el de la injusticia... -San Agustín hablará de dos ciudades, San Ignacio hablará de dos banderas...- ya estaba presente en el judaísmo tardío. Los espíritus de la verdad y del error: En la mano del Príncipe de las Luces está el poder sobre todos los hijos de la verdad; ellos caminan por la senda de la luz. En la mano del Ángel de las tinieblas está el poder sobre los hijos del error, quienes caminan por la senda de la tiniebla³.

Aquí hay muchos ecos de lo que va a ser símbolo joánico por excelencia: identificar el bien con la luz y la verdad, y, el mal con la noche y la mentira.

2. JESÚS DE NAZARET y el Discernimiento Espiritual en los Evangelios

Jesús, como participante en la vida religiosa del pueblo judío, recibiría estas enseñanzas. Esto se puede observar en los diferentes evangelios; uno se queda sorprendido del empeño, del interés y del esfuerzo que Jesús puso para educar en el discernimiento a su comunidad de discípulos, a los doce apóstoles. Son muchísimas las enseñanzas de Jesús hacia los apóstoles, donde intenta abrirles los ojos de la verdad y ayudarles a interpretar sus propios procesos interiores en clave de discernimiento: ¡Retírate, Satanás! le dice Jesús a Pedro. Los criterios de discernimiento que da Jesús: implica la negación de sí mismo y cargar con la cruz. No podemos leerlos todos, pero he elegido tan solo algunos pasajes del Evangelio: Mateo, Juan, Lucas, algo también de Pablo, para hacernos a la idea y ayudarnos a caer en la cuenta de que la experiencia bíblica neo testamentaria, ya por sí misma, está enraizada en esta experiencia de la búsqueda de Dios.

Algunos de los discípulos tenían los ojos cerrados: Maestro, no subas a Jerusalén... ¡Apártate de mí! le dice Jesús. En sus comportamientos, en su relación con los pobres, con el ciego, con Zaqueo, con la ley... Jesús lo único que está dando son criterios de discernimiento, en definitiva, para llegar a la verdad, a la última verdad; la penúltima era la Torá y con Jesús la verdad queda plenificada. La Biblia puede ayudarnos mucho para descubrir, con criterios de discernimiento, la profundidad de la experiencia religiosa. Sabéis interpretar los cielos, las estrellas, las nubes, y no sabéis discernir los signos de los tiempos... Esta pregunta tiene un trasfondo de discernimiento: ¿Cómo podemos saber el camino, Señor? También el Eclesiástico, el Eclesiastés, la Sabiduría, los Sapienciales... nos hablan muchas veces de los dos caminos, la bifurcación de caminos, y hay que elegir uno: Elige el bien y vivirás; elige el mal y morirás... Cualquier cristiano que quiera plantarse ante Dios con la conciencia tranquila y sana de querer hacer 'Su voluntad' no puede eludir esta pregunta: Señor, ¿qué camino he de tomar? Es una pregunta vocacional por excelencia.

Las cartas de S. Pablo, Romanos, sobre todo Corintios... también dan muchas pautas de discernimiento. S. Pablo comunica muchas veces la tensión y la dialéctica en la lucha, con las grandes imágenes militares de entender la vida cristiana en clave de combate porque no estamos solos en el seguimiento de Cristo. A veces no sabemos cómo llamarlo, él dirá Satanás, Lucifer, los demonios, el mal espíritu... San Ignacio habla mucho del 'enemigo de natura humana', el mal espíritu y ahí hay siempre una vida que no puede eludir esta condición de combate y de lucha que San Pablo encarna,

³ Reglas de la comunidad. Textos de Qumram

y a veces hasta se queja y se muestra cansado y agotado del combate; está pidiéndole a Dios que le libre de la lucha, y Dios le dice: no, sigue luchando, Mi gracia te basta.

3. LA PRIMITIVA TRADICIÓN CRISTIANA

a. Hermas: El Pastor (ca. 140)

Después del Evangelio, el primer texto primitivo que encontramos –que algunos han relacionado incluso con los Hechos de los Apóstoles en cuanto a fecha de composición, etc.- es la obra El Pastor, de Hermas, que vuelve a recoger también esta línea de discernimiento, de entender la vida cristiana como lucha, con fuerzas antagónicas que están combatiendo dentro de mi propia ‘interioridad’; ‘alma’ es un término más bien de la tradición católica occidental; dentro del ‘corazón’ es una tradición más hebrea, bíblica... Yo utilizaré indistintamente cualquiera de estos términos. El caso es que ya en el siglo II, las primeras comunidades se las tienen que ver con esta lucha interna. Es el espíritu de la justicia, que es delicado, honesto, suave y tranquilo... Suavidad y tranquilidad son dos palabras que van a aparecer a lo largo de toda la tradición, junto con dulzura. Ignacio dice en el número 316 de los EE.EE, cuando define la consolación: “quietándola y pacificándola en su Criador y Señor”.

Lo que va a hacer toda la tradición es ir dando pautas de discernimiento para reconocer el espíritu de justicia, el espíritu de verdad, el espíritu de bondad, el espíritu de caridad, el espíritu de amor... se le denomina de muchas formas, y ya veréis como todos los personajes que vamos a ir recorriendo tienen un ‘ámbito semántico’ de referencias y la terminología que utilizan para referirse a ambos espíritus es bastante parecida.

Ahora bien, si te asalta la ira o la aspereza, sábetelo que el mal espíritu, el enemigo, está dentro de ti. Abundancia en el comer, en el beber, toda clase de lujos, inconvenientes, codicia, altanería, jactancia... todo eso es el ángel de la maldad. Tenemos el espíritu de la justicia y el ángel de la maldad. Hermas está contando su experiencia, como explicando una serie de visiones que él ha tenido sobre la vida espiritual, sobre el combate, sobre la Iglesia... es un género ‘visionario narrativo’. Porque la doctrina del discernimiento nos ha llegado por medio de muchos géneros literarios, algunos de carácter narrativo como éste, o como la Autobiografía de San Ignacio o la Vida de Santa Teresa. Otras veces se desarrolla en Tratados... el Tratado Práctico, de Evagrio, el Tratado de la subida del monte Carmelo, de Juan de la Cruz. Otras veces se manifiesta en cartas, en memoriales... y según uno u otro género, la terminología va cambiando. Si eres paciente... la paciencia es otro de los rasgos que identifican como del buen espíritu, y el mal espíritu tenderá a sembrar inquietud, a generar impaciencia, urgencia, miedo ante las cosas, pero San Ignacio nos dice en la 8ª regla de Primera semana: El que está en desolación trabaje de estar en paciencia, que es contraria a las vejaciones que le vienen.

El análisis de la interioridad va también captando una fenomenología, una serie de sentimientos y de experiencias que los santos Padres van orientando por el camino del bien y de la bondad, o por el camino del mal. Paciencia, alegría y paz. El Pastor, de Hermas es tal vez el primer tratado de discernimiento que tenemos, muy inspirado también, recordando experiencias de los primeros discípulos de los evangelios

b. Orígenes (+ 254): Sobre los principios

Orígenes en su obra *Sobre los principios* empieza a pensar de una forma un poco más “académica” sobre esta experiencia más bien visionaria o alegórica de El Pastor, de Hermas. Con Orígenes se introduce un término griego, el de ‘los pensamientos’, que es clave en el discernimiento. Orígenes tiene unos tratados preciosos acerca del análisis de los pensamientos. Esta palabra va aparecer muchas veces. Como sabéis, Descartes estudió con los jesuitas en el colegio La Flèche, durante 8 años, donde tuvo la oportunidad de hacer Ejercicios espirituales repetida y reiteradamente. Buena parte de la obra filosófica de Descartes puede tener una cierta inspiración y fundamento ignaciano por los ejercicios y las meditaciones que a los alumnos y escolares se les ofrecía cada año en el colegio. No es casualidad que Descartes escribiera unas Reglas para la recta dirección del entendimiento, y San Ignacio escribiera unas Reglas para sentir y conocer las mociones que en el ánimo se causa. Descartes habla en términos filosóficos; Ignacio habla en términos espirituales, patristicos. Esto tiene que ver con el tema de los pensamientos.

Para los santos Padres, un pensamiento no tiene el componente cognitivo, intelectual, que tiene para nosotros. Nosotros hemos racionalizado el pensamiento; para nosotros el pensamiento es un conjunto de palabras sintáctica, lógicamente bien ordenadas que construyen un ‘discurso lógico’ con vistas a llegar a unas conclusiones, pero el pensamiento es algo muy intelectual. Sin embargo, para los santos Padres, el pensamiento que tiene esta raíz griega, es un término semánticamente mucho más amplio; un pensamiento puede ser un recuerdo, una memoria, una fantasía, una imaginación, un sueño y dentro del pensamiento anticipa la experiencia espiritual. Las Reglas de discernimiento de S. Ignacio juegan con pensamientos. No estoy intelectualizando ni academizando... Si Vds. van subrayando la palabra ‘pensamiento’, verán las veces que aparece en la Autobiografía o las veces que sale en los Ejercicios espirituales. Y el discernimiento muchas veces se juega en los pensamientos, porque el pensamiento genera una influencia, una fantasía, un recuerdo, un proyecto... uno se va imaginando algo y llega un momento en que el pensamiento -que a veces sale de uno mismo y otras veces, dicen los Padres, no vienen de nosotros, no sabemos bien de dónde vienen...- va generando un deseo, va bajando al corazón, va provocando una tendencia... y muchas veces el deseo acaba provocando una determinación, la determinación una decisión y la decisión una obra, una historia... Pero cuando hacemos examen de lo que hemos hecho, muchas veces en la raíz de lo que hacemos, en el origen, fue pensamiento.

Por eso, Orígenes nos ayuda mucho a ir analizando y siendo lo más lúcidos que podamos con estas cadenas de pensamientos que se generan en nuestra interioridad. Porque el pensamiento va modulando el afecto, el afecto se orienta por un deseo y el deseo, antes o después, buscará historizarse con una acción determinada. Esta es una de las grandes aportaciones de Orígenes que retoma toda esta bifurcación del ‘ángel bueno’, del ‘ángel malo’, la justicia, la bondad y la maldad; pero hay una diferencia muy grande, y sabremos si estamos siendo influenciados o tocados por uno o por otro, si reconocemos qué tipo de pensamientos nos van asaltando.

4. LOS PADRES DEL DESIERTO

a. San Atanasio: La Vita Antonii

San Atanasio, otro de los grandes Padres de la Iglesia que ha desarrollado mucho el tema del discernimiento, exponiendo la vida de S. Antonio Abad. En la vida y en el proceso espiritual de este

santo introduce numerosas mociones espirituales, de las ya presentes en toda la tradición. El Señor está con ellos, Él es nuestra alegría, la fuerza es de Dios, del Padre, y los pensamientos del alma son sin confusión y excitación, dulzura, alegría, claridad, tranquilidad. Y, al contrario, la irrupción del rostro del maligno, está llena de confusión, acontece entre estrépito, ruido y griterío... El número y la cualidad de los términos que van apareciendo como listado de las experiencias internas, se va ampliando.

El número 335 de los EE.EE., la séptima Regla de segunda semana, recoge esto y dice así: En los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido e inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre una piedra. ¿Habría leído S. Ignacio a San Atanasio? Ignacio, tal vez por su formación un poco escolástica en París lo expresa de esta forma un poco más ascética y sobria que S. Atanasio cuando describe las experiencias de S. Antonio. Pero, sin duda, hay una similitud en la experiencia que describe los efectos de estar siendo llevado, habitado por esta experiencia contraria a la experiencia que favorece el Espíritu Santo: temor, confusión, desorden, descuido, dolor, recuerdos de las añoranzas de Egipto, el miedo de la muerte, el quebramiento del carácter, abandono de la virtud... Es el número 317 de los Ejercicios: La desolación es todo lo contrario de la tercera regla, así como oscuridad del ánima, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor. Hay una fenomenología muy similar y una expresión también muy parecida. Mientras que el 'buen ángel', tranquila y dulcemente provoca en el alma contento, alegría y ánimo.

b. Evagrio Póntico: Tratado de la oración

Poco a poco la experiencia se va sistematizando y nos encontramos ahora con el que ha sido el primer sistematizador de la experiencia espiritual en clave de discernimiento, Evagrio Póntico, un monje del siglo IV que, en su Tratado sobre la oración, o Tratado práctico, pone a manera pequeños párrafos o sentencias su experiencia interior. Para Evagrio, todos los pensamientos tienen un componente 'maligno'. Es, probablemente, el Padre de la Iglesia que más empatía pueda tener con una espiritualidad hoy de carácter budista, de la búsqueda del silencio, del vacío, de la nada porque Evagrio interpretó que todos los movimientos que se le producían en el alma en el silencio del desierto le separaban de Dios. Fue observando su propia interioridad, como si estuviera haciendo una 'radiografía' o una 'resonancia magnética' de su propio espíritu; para esto necesitaba primero tomar distancia de lo que le iba pasando para poder llegar a formularlo. Evagrio analizó detenidamente todos estos pensamientos, que él reconocía que venían de fuera; él buscaba apasionadamente en silencio y no entendía que, buscando el silencio, fuera incapaz de conseguirlo debido a las distracciones que le venían de los pensamientos.

Una vez tuve la oportunidad de estar diez días de meditación Vipassana budista, bajo un método muy serio, riguroso, unas diez o doce horas de meditación diarias, todas ellas sentado en el suelo en unas condiciones también duras: Dormíamos sobre una lápida, dice, solamente con una esterilla de madera de esas finas para evitar un poco el frío y centrados absolutamente en la meditación; en el octavo día nos dice el gurú: "el ejercicio para hoy consistirá en estar un minuto en silencio". Yo pensé... después de ocho días a diez horas diarias, un minuto de silencio tiene que ser muy fácil; sin embargo, me resultó muy difícil. Al minuto, la imaginación se te va, te viene un pensamiento sin

buscarlo. ¡Qué misterio somos que, parece que el 90 o 100% de nuestro tiempo, incluso cuando dormimos, estamos con una actividad neuronal que es incapaz de quedarse en silencio, quieta...!

Evagrio fue el primero que sistematizó todos estos pensamientos que le venían de fuera y que él interpretó como molestia, como estorbo para su experiencia de silencio, porque en el silencio es donde creía que encontraría plenamente a Dios. Ratificó los famosos ocho pensamientos de Evagrio: la gula, la fornicación, la avaricia, la tristeza, la cólera, la acedia, la vanagloria y la soberbia y, en el Tratado práctico va estableciendo conexiones entre los diferentes pensamientos que le van asaltando y ofrece posibilidades ‘terapéuticas’ para poder salirles al paso: si te distraes o tienes el intelecto errante, date a la vigilia o a la lectura, intenta concentrarte; si se inflama la concupiscencia, ayuno y soledad, si tienes la irascibilidad alterada, practica la paciencia y la salmodia; si se despierta la gula, simplificación en la comida, si se te desata la cólera y el odio, trabaja la misericordia y la mansedumbre... Evagrio es, tal vez el primero que pensó de una forma sistemática, académica sobre los pensamientos y cómo tratar con ellos. Cuando el monje se siente tentado de salir de la celda, de su cueva en el desierto, Evagrio le dice: No, debes permanecer en el interior y sufrir y recibir valerosamente a todos los atacantes. Esto es una lucha, es un combate, porque si huyes de las luchas y tratas de evitarlas, estás favoreciendo que el intelecto sea inhábil, cobarde y desertor⁴. Al comienzo de la vida espiritual, lo que los religiosos llamamos noviciado, primeras etapas de la formación, aunque con otro lenguaje en teología, porque yo creo que los santos Padres pueden ser, por otra parte, muy modernos, nosotros nos ejercitamos en esto. Todos llevamos nuestra parte de combate y de lucha.

¿Qué es primero, el sentimiento que provoca un pensamiento o el pensamiento que genera un sentimiento? El mismo Evagrio tampoco se llegó a aclarar del todo. Ignacio de Loyola, en la definición de la desolación, punto 317, juega con esta circularidad: hay pensamientos que generan sentimiento, pero ese sentimiento de consolación o de desolación, a su vez generarán nuevos pensamientos. Es responsabilidad nuestra, del maestro, del anciano, del acompañante espiritual, ayudarnos a interpretar esta circularidad que se da en nuestra interioridad para descubrir si este círculo es del espíritu de bondad y de justicia o si, este círculo en el que estamos metidos, es del espíritu de maldad y de mentira.

c. Diadoco de Fórtice: Los cien capítulos sobre la perfección espiritual

Diadoco escribió este librito precioso en el que también habla de la consolación y la desolación, términos que aparecen muy temprano en la tradición. Hay una consolación de Dios y otra que no es de Dios; también hay una desolación de Dios, pedagógica, que Dios permite y, por supuesto, una desolación del maligno. Sin embargo, yo creo que lo que a nosotros nos interesa más es que, en el capítulo 33 del libro de Diadoco de Fórtice, está la base para comprender esa experiencia espiritual que Ignacio llama ‘consolación sin causa precedente’ –tal vez un término más escolástico o tomista– y que él desarrolla en tres párrafos de los Ejercicios espirituales: 316, 330 y 336, en los cuales dedica tres comentarios breves a esta experiencia de Dios.

Diadoco de Fórtice dice así: Si por un movimiento inequívoco, sin causa, sin imaginaciones, el alma se inflama como si llegara al cuerpo la profundidad de un amor inefable, sin causa, no pensando absolutamente en nada, entonces hay que reconocer que esa experiencia de amor, no mediada,

⁴ Tratado práctico, número 28

gratuita absolutamente, es dada aquí por Dios nuestro Señor, por el Espíritu Santo. Ignacio de Loyola, en el punto 316 dice: Llamo consolación cuando en el ánima se causa alguna moción interior, con la cual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor.

Cuando uno entra dentro en “La aplicación de sentidos⁵”, tal vez una de las experiencias místicas más profundas es la que tiene que ver con el sentido del gusto, gustar la infinita suavidad y dulzura... El sentido místico más lejano es la vista, Yo veo al Amado... Y el siguiente sentido místico, con el que noto que el Amado se acerca, es el oído... el canto de la dulce Filomena⁶. Los místicos están llenos de referencias a cantos, a melodías, a músicas... Según nos vamos acercando, el olfato es un sentido que indica mayor proximidad e intimidad... Así, la gradación es clara: la vista, el oído, el olfato, el tacto y el gusto... este último es probablemente el sentido más místico que tenemos. Por eso, el Cantar de los Cantares empieza así: Bésame con los besos de tu boca... Es la llamada o la experiencia del deseo de interioridad, identificación más profunda con Dios en Cristo. Y por eso, en las experiencias de búsqueda de Dios, los místicos remiten muchas veces la presencia de Dios al sentido del gusto, a la ‘dulzura’, como una expresión de los sentidos interiores.

5. LA TRADICIÓN MONÁSTICA

a. Juan Casiano: Colaciones

El abad Juan Casiano, en su obra Las Colaciones dedica una de sus charlas a la Discreción. El padre Santiago Arzubialde profesor emérito de la facultad de teología en Comillas, tiene un artículo precioso, una conferencia que dio en un Congreso Internacional (Loyola 1997), y pone en paralelo esta ‘Collatio’, esta conferencia de Casiano a sus monjes con las reglas de discernimiento de Ignacio de Loyola⁷. Probablemente es una de las grandes influencias que recogerá Ignacio de su época de estudios en París.

Para Casiano, la Discretio es la mater virtutum, es la madre, el ojo de todas las virtudes. Jesús es la luz, sin la luz estamos ciegos; un ciego espiritual puede ser muy virtuoso, muy pobre, muy abnegado... pero le falta la luz. Pregunta Casiano: ¿Cuánta gente se ha perdido por perder la luz? Porque optó por un camino, por ejemplo, de radical pobreza y se hizo tan pobre, tan pobre, que se hizo ‘indiscretamente pobre’, y vino el demonio, le engañó y al final se lo llevó. Lo mismo que decimos de la pobreza podemos decirlo de la justicia, la misericordia... La importancia de la discreción, como la luz que ilumina las otras virtudes. Ignacio de Loyola no utiliza la palabra discernimiento, no es una palabra suya; S. Ignacio habla de la discreción, el amor discernido, iluminado por la luz del espíritu.

Si bien Evagrio había hablado en pequeños párrafos, pequeñas frases o sentencias, Casiano va elaborando su enseñanza en conferencias, en Colaciones para sus nombres y la Discretio está siempre presente en todas sus charlas e instrucciones. Discretio, prudencia, análisis, razón,

⁵ EE.EE. 121

⁶ Cántico Espiritual. S. Juan de la Cruz

⁷ Santiago ARZUBIALDE, “Casiano e Ignacio. Continuidad y ruptura. Una original aportación de Ignacio a la historia de la Tradición espiritual”, en Las fuentes de los ejercicios espirituales de san Ignacio (Juan Plazaola, ed.), Mensajero – Universidad de Deusto, Bilbao 1998123-186.

crecimiento en la virtud y, cómo no, en todo discernimiento la figura del maestro, del anciano, del abad, del experimentado.

b. San Benito: Regla

Con San Benito se llega a estructurar la vida monástica, pasando de los anacoretas, los monjes solitarios, que podían pasarse años absolutamente inmersos en su mismidad, dando vueltas sin ninguna otra instancia mediadora a su propio proceso interno, la Regla de Benito sitúa la vida espiritual en un contexto social, la comunidad, en contacto directo con otros, co-partícipes de esa experiencia. Por tanto, es una regla que se tiene que mover también mucho por la discreción, por el equilibrio, por ir optando por una favorable integración de unas comunidades que llegaban a tener de 80 a 100 monjes, muchos de ellos muy distintos en procedencia, caracteres, resistencia física, edades... Por eso de nuevo aparece la *discretio* como la virtud primera del abad, la capacidad de encontrar un lugar común donde todos tengan cabida y cómo acomodar la experiencia espiritual, evitando los posibles excesos o radicalismos de unos o de otros. La comunidad empieza a ser integrada como criterio de discernimiento y, cómo no, la interpretación de que también la voluntad de Dios en la jerarquía eclesial, a través del abad del monasterio, tiene algo que decir a la toma de decisiones y al proceso de discernimiento de cada uno de los monjes.

Tal vez la insistencia de S. Ignacio en la obediencia, en el ánimo y en la responsabilidad religiosa de saber interpretar y descubrir la voluntad de Dios, mediada a través del superior o la institución jerárquica, tiene unas raíces benedictinas muy fuertes. Tal vez haya sido S. Benito el primero que lo haya formulado así.

c. San Bernardo: Sermones

El último de los santos Padres, S. Bernardo, reconocido como un padre espiritual, va desarrollando, sobre todo en sus Sermones de Cantica, una teoría y una teología del discernimiento espiritual. Yo creo que Bernardo toma de Orígenes lo de que el alma tenga estructura tripartita -que también aparece en Ejercicios [32], porque para S. Ignacio es fundamental-: Presupongo en mí tres pensamientos -tres fuerzas, tres energías-: Uno de Dios, otro del maligno y otro de mí mismo. Y mi vida espiritual acontece conociendo esos tres pensamientos, armonizándolos y tratando de ir por la línea que el espíritu pueda ir orientando. Como veremos por su lenguaje, donde se encuentra la fenomenología propia del espíritu de la carne, del mundo y de la maldad: la injuria, la vanidad o la amargura... y sin embargo, la voz de Dios, la voz del espíritu: espada, medicina, fortaleza, descanso, resurrección, culminación.

EE.EE 316: llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor. S. Bernardo tiene una gran influencia en la teoría de S. Ignacio sobre el discernimiento espiritual.

No voy a leer el texto de S. Bernardo, para dar espacio a otros autores, pero sí resaltar para el discernimiento, la insistencia de S. Bernardo en el ejercicio, en la experiencia y en la confianza en la instancia objetivadora del que me ha precedido en la experiencia que, en la tradición del discernimiento se llama, como ya he dicho, de numerosas formas, es el maestro, el abad, el anciano...

En este sentido, también la experiencia de S. Ignacio tuvo mucho que ver en la configuración de su propio recorrido espiritual. La necesidad a veces imperiosa de Ignacio, sobre todo durante su época en Manresa, de contrastar su experiencia espiritual, el reconocimiento de que, tantas veces, pensando que había actuado en nombre de Dios, o queriendo buscar y hacer la voluntad de Dios, se había equivocado, había hecho su propia voluntad, o incluso la voluntad del 'enemigo' que sub angelo lucis, bajo apariencia de bien, se le había ido manifestando.

Por eso se llama pequeñas a las raposas... Esta imagen la desarrolla mucho S. Bernardo y también el Cantar de los Cantares. Dice S. Juan de la Cruz en el cántico espiritual: Cogednos las raposas/que está ya florecida nuestra viña/en tanto que de rosas/hacemos una piña.

Cogednos las raposas, es decir, acallad los pensamientos pequeños, que molestan, que perturban, que muy probablemente lo único que buscan es distraerme de mi experiencia de Dios, de mi cercanía con Cristo, y que de noche salen para hacer daño en las viñas. Es una experiencia muy sutil, no son pensamientos abiertamente groseros o malignos que despiertan en mí la injusticia o la ira de una manera desatada... Hay muchos pensamientos que están marcados por la sutileza. Éste es otro de los términos que aparece en las Reglas de discernimiento como algo propio del mal espíritu. Dice San Ignacio: Cuando las personas van de bien en mejor subiendo, el mal espíritu actúa trayendo razones aparentes, sutilezas, o asiduas falacias. Esta es la impresionante figura de San Bernardo, en tantos aspectos de la vida espiritual.

Traigo aquí otra referencia de S. Bernardo porque se refiere también a la ya a la consolación sin causa precedente, que coincide aquí con Diacoco de Fótiçe: Hay un tipo de experiencia de discernimiento de espíritus que solo pertenece a Dios; ningún ángel ni demonio, ninguna mediación... hay una experiencia en el alma que, por las repercusiones internas que tiene hasta emotivas, psicósomáticas, solo Dios puede actuar así. Es Dios que está entrando en tu vida. Esa es inconfundible, y dirá S. Ignacio, no hace falta discernirla.

Para Karl Rahner, el renovador de tantos campos de la teología y de la experiencia espiritual, esa es la experiencia en la que se funda todo el sistema teológico espiritual del discernimiento de Ignacio. Podemos buscar a Dios porque hay una experiencia que es veraz, que Dios no puede engañar; solo Dios se comunica y se anuncia de inmediato. Es la experiencia inmediata de Dios nuestro Señor, sin necesidad de una causa previa que la justifique.

6. LA PLENA EDAD MEDIA

Según vamos avanzando, la experiencia se va haciendo un poco más 'académica', con Hugo y Ricardo de San Víctor, y sobre todo con Santo Tomás.

a. Santo Tomás de Aquino: Suma de Teología. Santo Tomás une la Discretio a la Prudencia y pondrá en claves creyentes y de teología católica cristiana, las categorías antropológicas de Aristóteles. Para Santo Tomás es posible discernir porque la acción de la gracia despierta en nosotros el sensus cristi. El hombre espiritual que va, por el conocimiento interno, familiarizándose con Cristo, es el hombre que puede discernir.

Pero también retoma la teoría de los dos principios, dos ángeles, dos energías...-llamadlo como queráis- que también aparece en EE.EE. 332, cuando Ignacio dice que el mal espíritu va haciendo descender al ánima de un estado a otro: Propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis,

entrar con el ánima devota y salir consigo. Es a saber, traer pensamientos buenos y santos conforme a la tal ánima justa y después, poco a poco, procura de salirse, trayendo al ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones. Por eso, en la regla quinta de segunda semana (333) dice Ignacio: Debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos. Porque todos ellos pueden aparecer o comenzar con una experiencia buena, pero, a lo largo del proceso, muchos van derivando hacia fines malos. El análisis necesario, la interpretación... no solamente de un pensamiento concreto, sino del proceso del pensamiento.

b. Juan Gersón: Sobre la distinción de los movimientos (verdaderos y falsos) El canciller de la Sorbona, donde estudió S. Ignacio y a quien muy probablemente tuvo que haber leído, Juan Gersón, escribió una serie de pequeños tratados sobre discernimiento de espíritus, "Sobre la distinción de las experiencias verdaderas de las falsas", "o los "Cien capítulos sobre los impulsos", a los que vamos a acercarnos ahora.

Para Juan Gersón, la experiencia religiosa es verdadera si tiene un peso, que es la humildad, si tiene un sello verdadero, una impresión, y si tiene un cierto color, que es el amor.

Los impulsos es lo que luego s. Ignacio llamará las 'mociones', los movimientos del corazón, que pueden ser míos, del Espíritu Santo... pero la palabra 'impulsos' es la que retomó modernamente Karl Rahner para hablar de las mociones de s. Ignacio. Hay un impulso falso que me lleva a la urgencia, que me hace percibir una decisión como algo irresistible, pero que me conduce por el camino de la mentira, que hace daño y lleva a la soberbia y al orgullo. Pero, a la vez, hay un impulso verdadero, que Ignacio va también incorporando a sus Ejercicios: la paciencia, la humildad, la dulzura...

c. Dionisio Cartujano: Sobre la discreción y examen de los espíritus

Lo que más llama la atención de Dionisio es que incorpora un pequeñito desarrollo de la relación con el pecado, a la experiencia de consolación, que Ignacio desarrolla en el párrafo dos del punto 316. ¿Qué sentimos cuando nos enfrentamos a nuestro propio pecado y cómo nos encontramos frente a él? Yo creo que Dionisio es muy lúcido en ese punto. Hay una manera de hablar propia del Espíritu Santo que consiste en ser conscientes de nuestros sentimientos cuando estamos frente a nuestro pecado (1ª semana de los Ejercicios.). Es por tanto, llamada del Espíritu si en nosotros se da una experiencia de arrepentimiento y de contrición, un rechazo de un mal causado y un dolor por el mal que hemos generado. Así, la reacción emotiva de rechazo frente al pecado y de arrepentimiento – compunción que me lleva a la conversión serán integradas en los procesos de discernimiento como lenguaje propio del buen espíritu.

7. LA TARDÍA EDAD MEDIA

a. Tomás de Kempis: La Imitación de Cristo La Imitación de Cristo es, probablemente, el libro de cabecera que tenía s. Ignacio quien, según el P. Luis Gonçalves da Câmara, uno de sus biógrafos, había asimilado hasta el punto de identificarse en no pocas cosas con su contenido. El libro tercero es el más largo de todos, y trata sobre la consolación. También es casualidad que, una de las categorías teológicas más importantes para s. Ignacio sea esta de la consolación; ¿lo tomaría de Kempis? Quizás se podría estudiar la influencia de Kempis, en la Imitación de Cristo en los Ejercicios., pero muy probablemente todo lo que dijo Kempis sobre los movimientos del buen espíritu y del mal espíritu tuvo una influencia notable en Ignacio de Loyola.

Es cierto que no pocos párrafos de la Imitación dejan entrever un cierto tono pesimista hacia la naturaleza y condición humanas. Kempis era miembro de la comunidad de los Hermanos de la Vida en Común, que se regía por la espiritualidad y las constituciones de s. Agustín . A mi modo de ver, Kempis desconfía con frecuencia de la naturaleza humana, sin la gracia nada bueno es posible. San Ignacio conoce muy bien y asume la espiritualidad de Kempis pero, a su vez, toma un poco de distancia de él; el hombre por sí mismo, por su propia naturaleza, imagen y semejanza de Dios, está orientado hacia Él (Principio y fundamento de los Ejercicios Espirituales) y está capacitado para hacer el bien.

Esa es la experiencia de la gracia en palabras de Kempis: no la preferencia a su propia opinión, ama a sus enemigos, está antes con los pobres que con los ricos... pero esto siempre es imposible sin la experiencia de la gracia, porque sin ella, nada bueno se puede hacer. Cuán necesaria es tu gracia, Dios mío, para sentir el bien y para hacerlo porque, sin la gracia nada bueno se puede hacer. Cuando Jesús no habla dentro de ti, vil es la consolación.

Con Kempis tenemos que acabar, pero la tradición sigue viva. No nos hemos referido a corrientes tan importantes de nuestra tradición como la de la mística inglesa: la Carta de la perfección y la Nube del no – saber. Ni a la riquísima tradición alemana, que tiene una teoría preciosa sobre el discernimiento inspirada por lo que llamamos ‘La mística metafísica’ del maestro Eckhart y sus seguidores.

8. LA EDAD MODERNA

Qué podríamos decir de la escuela española, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Juan de Ávila que desarrollaron un profundo magisterio sobre discernimiento en sus “vidas”, “tratados” o recomendaciones. Siguiendo la senda iniciada por san Ignacio, numerosos jesuitas continuaron interpretando y comentando sus reglas de discernimiento: Francisco Suárez, Baltasar Álvarez, Achile Gagliardi, Álvarez de Paz, La misma santa de Lisieux en su Historia de un alma, revela todo un camino de una voluntad y un deseo que solo busca a Dios.

9. VALORACIÓN FINAL

El discernimiento es un don del Espíritu Santo. Es un ejercicio espiritual de búsqueda de la presencia de Dios que, como hemos visto, está muy presente y enraizado desde los orígenes del cristianismo. Para los santos Padres es inherente a toda persona religiosa; todo aquel que busca a Dios, antes o después, tiene que vérselas con el discernimiento.

Desde los orígenes el hombre ha experimentado esta diversidad de movimientos interno y con frecuencia la ha interpretado bajo la imagen de la lucha, el combate. Se trata de experiencia interna de fuerzas contrarias; antes de llegar a teorías propias de tratados o de reglas o normas, se trata de eso, de la constatación de una experiencia. Distinguir estas energías y resistencias contrarias en ocasiones no es fácil, requiere silencio, oración, ejercicio, práctica. En esta búsqueda de Dios y de su voluntad, el engaño más común viene desde los primeros tiempos porque la fuerza del mal acostumbra a disfrazarse de bien. Por tanto, la tradición ha destacado siempre la necesidad y la importancia de una instancia objetivadora, maestra, abad, anciano, confesor...

Cuando Dios quiere hacerse sentir de una manera unívoca e inequívoca, lo hace. Y dijo Juan... ‘Es el Señor’. Hay experiencias que nunca podrán engañar. Y lo grande del discernimiento es que parte de

un optimismo antropológico fundamental: el hombre como imagen y semejanza de Dios –por aquí empezábamos- está capacitado para reconocer la voz del Señor en su interior y seguirla libremente. Orígenes, Qumram, Hermas, s. Atanasio, Evagrio de Pontico, s. Bernardo, santo Tomás, Juan Gersón, Dionisio, Tomás de Kempis... una larga y riquísima tradición que recibe y renueva con originalidad Ignacio de Loyola.